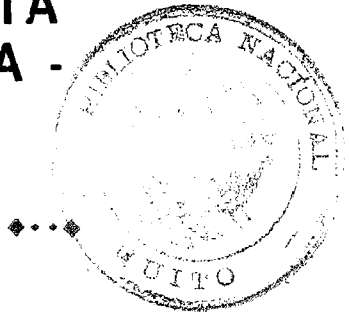




ENRIQUE DAVILA JIJON

LA - - - -
CARETA
BRAVA -



CUENTOS
DE LA
SIERRA
ECUATORIANA

EDITORIAL
EBAN - -
QUITO - -

1935

Lo que han dicho algunos distinguidos escritores sobre «El Páramo Gime»

«Lo que se aprecia con una diafanidad de amanecer de sol en este libro, desde el primer cuento, es la concisión, la elegancia y la factura exquisita».

J. Sampériz Janín
Huesca (España)

«Sabe Ud., como pocos, vestir amablemente sus agudas críticas que atraviesan.--Muy logrados, en una plena captación de asimilamiento de imágenes e ideas -belleza- hacen pensar, hondamente, en la tragedia de la humana desjusticia».

Mariano Selvi Orcao
Zaragoza (España)

«Es sorprendente el ingenio de Ud., en el que se revelan sus cualidades verdaderamente estéticas, al combinar, armoniosamente, escenas de diversa y aún contrapuesta índole, sin perder, por eso, la unidad del conjunto».

Alejandro Montesdeoca
Ambato (Ecuador)

«Hay en él movilidad, gracia y, sobre todo, personalidad».

Rogelio Sotela
San José (Costa Rica)

«En realidad, es una hermosa obra esta suya. Sin exajerar los tonos, muestra Ud. tal como es, la tragedia indígena en sus máximos alcances».

José de la Cuadra
Guayaquil (Ecuador)

860-3(866) Davila
D259
E2

ENRIQUE DAVILA JIJON

BIBLIOTECA NACIONAL
R-106-SN
A-1-E-3
Quito-Ecuador

LA CARETA BRAVA

(Cuentos de la Sierra Ecuatoriana)



EDITORIAL EBAN
QUITO-ECUADOR
1935

ES PROPIEDAD
1935

TIP. L. I. FERNANDEZ

Enrique Dávila Jijón

Arrancando panoramas de la entraña ecuatoriana
para marco de costumbres que él burila con primor,
el poeta —este poeta, caballero de alma llana—,
va tejiendo su corona de laurel de triunfador.

Mientras deja en los zarzales de la vida desgarrones
de su alma que transforma la Harmonía en ruiseñor,
que derrítense en soberbia filigrana de canciones,
que se cuajan en quiméricas, delicadas aves-flor ...

y derrama de su pecho —copa de oro y pedrerías—
como líricos poemas celestiales ambrosias
en torrente arrollador....

Arrancando panoramas de la entraña ecuatoriana
para marco de costumbres que él burila con primor,
el poeta —este poeta, caballero de alma llana—
va tejiendo su corona de laurel de triunfador.



J. Enríquez de la Rúa
(España)

A Angélica

de Dávila Jijón

La Careta Brava

A la hija del dueño dedico este relato ácido, como la chicha de los indios.

I

Lamía la garúa las faldas verdes de la loma, mientras el valle se arropaba de nie-

bla. Usted se reía. Su risa semejaba el ruido de un grupo de cascabeles tocados con ambas manos.

Al frente sonó la flauta. Era un sonido largo, triste, que fue en tumbos de loma a loma, mojado de garúa, saturado de niebla. Con el se iba rodando el corazón del indio. ¡Era la fiesta! ¡La fiesta de San Pedro, fiesta grande, donde la chicha corre y el indio baila — polichinela triste — hasta caer rendido! La chicha da el patrón. ¡Que dé la chicha y también un poco de aguardiente mezclado con orinas y guarapo para que chume pronto y así se gaste menos, qué diablo; el indio es el indio y dar eso es dar mucho, es ser magnífico!.

Ya se acerca la flauta lamentándose, acompañada del tambor de piel de vaca. La partida viene meditabunda, casi silenciosa; sólo el diabluma grita para estar a tono y agita su acial en el aire. ¡El indio se divierte así, solemne, grave, como si celebrase un rito! Algunos traen un gallo, otros un pañuelo con huevos pa-

ra el amo. Mientras andan, van bailando una danza pesada y cadenciosa.

—Despejen, despejen, grita úno.

El patrón espera en el corredor, grave, con la majestad de un rey. (Y usted con él, fina, suave, linda, riendo su risa de muchos cascabeles agitados con las dos manos).

—Despejen, despejen!

Y entra al patio de la hacienda la partida. El diabluma primero, brillantes los ojos bajo la careta, haciendo silbar al arial con silbidos de culebra.

Tan, tan, tan.. .

Y atrás las vidas desgarradas. El conjunto de harapos que calcina el sol y curte la intemperie. ¡La raza manchada para siempre con el lodo afrentoso del latifundio! Ante el amo las rodillas se doblan, las cabezas se inclinan. Los pilches pasan de mano a mano y la danza sigue en círculo, presidida siempre del diabluma.

La niebla va cercando más y más el sitio de la fiesta y la garúa llora sobre los danza-rines...

II

--Ignacio Chaupi, ¿por qué no bailas?

—Ya no bailo, patrón, dende que me pasó.

—¿Que te pasó, Ignacio Chaupi?

—De diabluma bailaba, patrón. Al Tomás Flores le compré la careta. De ser bonita era bonita. Con cinco cachos, de bayeta nuevita y

yo, queriendo hacerle brava, le fi a dejar debajo de la piedra negra, al lado de la chorrera, allá en el monte. ¡Mejor no le hubra dejado nunca, taita mío! Tres noches le dejé. La víspera del San Pedro le fi a sacar y me puse al otro día. Bien no más estaba bailando; todita la tarde bailé. Entre las seis sería porque ya estaba escureciendo, cuando nos fimos todita la partida a seguir bailando en Aloguincho, en la casa de la Puri. Cosa del mismo ha di haber sido, patrón. Los diablumas van primero, patrón, pero yo me atrasé, lo que nunca, al pasar la quebrada no más. Cuando, isanto Dios!, de repente se asomó no más EL, chiquitico, con un sombrero grandote y sin hablar, sin decir nada, pun, me dá un puñete en la cara; yo le quise dar con el acial, taita mío, en el aire no más daba, patrón. Puñete, patada, puñete, patada, hasta que me botó contra una piedra. Los otros ca viendo que no iba regresaron a buscarme y me encontraron bañadito de sangre. Por poco no me mató, patrón.

¡El bandido del Tomás Flores no me avisó que la careta era brava y yo, sin saber, le fi hacerle más brava! Al otro año ca, vuelta me hice diabluma, quizá no moleste diciendo; pero qué, taita mío, no tan me estaba poniendo cuando pelió el Rosendo con el Pedro Pillajo, por celos de la Encarna y, por defender, el primer cuezco me dán a mí, a mí patrón, estando de diabluma, así que al diabluma aunque los otros se maten no le pasa nada. Entonces me quité

no más la careta y me fí a mi casa. Dende hay no bailo patrón.

En los ojos de Ignacio Chaupi había caído la garúa....

III

—Tomate un pilche, Nicanor

—Dios so lo pai.

La niebla sigue cercandø la cumbre de las lomas con sus móviles gasas y de la flauta de carizo continúa brotando el alma de los indios mezclada en un lamento. Bajo los pies desnudos se levanta una columna de polvo fino.

El patrón se despereza y exclama:

—María Laura dales más guarapo, para que se chumen pronto y se vayan estos indios estúpidos. (Usted, se va, María Laura, llevándose en los ojos todo el claro-oscuro del paisaje).

¡Ni una sóla carcajada, casi ni un grito; el baile del San Pedro tiene para los indios la gravedad de un rito!

La chicha canta en el fondo del pilche y las burbujas corren sobre la superficie como gotas de llanto....

Sangre de Indios en la Plaza de Angamarca *

Esa tarde Melchor Cabascango y su mujer la Petronila, estaban desgranando

maíz sentados en el suelo. ¡Qué tarde para horrible! Cuando se calmó la tempestad, el viento bramador trajo del cerro una papacara blanca, finita, helada. El silencio de la choza era interrumpido de continuo por el crepitar de la leña en el fogón y por el monótono son de los granos de maíz al caer sobre la batea.

Aulló el perro largo, largo, como si oliera a sangre o presintiera el paso de la Enlutada.

—Que tan le pasará al perro peshte, dijo el Melchor.

Y su mujer:

—Andá pes, verás. No se quién cro que es ...

El Melchor salió.

Era, en efecto, el José María Tibanlongo, blanqueando el poncho de papacara, con la nariz morada

—Llugshi, perro bruto....

—Buenas tardes, compadre Melchor.... Caramba, el perro también, como si fuera de la otra vida!....

Este relato es auténtico en su totalidad. Nada he puesto yo. Al contrario, lo he escrito de prisa, con horror, como si la pluma hubiera estado destilando sangre. El que quiera saber el proceso completo de esta historia, que lo busque en el Archivo del Ministerio de Previsión Social. —E D. J.



Y el perro se perdió en el matorral de ataco, con un aullido largo y terriblemente espeluznante.

—Compadre Melchor, para el domingo vamos hacer. Aura ando recogiendo la platica para mandar a los doctores. Ya a di ver compadre. Los blancos ladrunes han di tener que salir a la carrerita no más. Porque ellos mismo, en la concencia han di ver que todos estos tirrenos eran de nuestros abuelitos propio y aura cá ellos istán de dueños. Así mesmo dicen los doctores del partedo: boten nu más a los blancos, los tirrenos eran de los abuelos de ustedes y ustedes son hirideros. Así que yo, como cabeciilla, andu recogiendo la platica, porque patrón Salazar, jefe del partedu, me dijo:—trairás no más unos mil sores para empremir periódico y pagar doctores del partedu que escriban.

Compadre Melchor, di no más.

—Cuatro riales, daré, compadre José María. Quizá también risolte. Porque los blancos cá no han de quirir no más salir.

—Cuidado con cobardea, compadre. Eso mesmo me dijo el patrún Salazar hav qui sir valientes, de una vez il todo por il todo.

Melchor Cabascango le alargó los centavos y el José María, después de apretarle la mano bajo el poncho, se alejó.

De entre la mata de ataco, el perro sacó el hocico y aulló a la sombra de José María Tibandongo desdibujada por el claro-oscuro del crepúsculo.

Humildemente le dijo la Petronila:

—No te metáis, Melchor, no me gusta.

—Vos qué sabís, caraju.

Y esa mañana dominguera la tragedia tendió sus alas negras sobre el pueblo de Angamarca.

Así lo habían querido los «dotores» del partido.

Más de cuatrocientos indios armados de instrumentos de labranza, machetes y escopetas irrumpieron en la plaza del pueblo y, luego de repartir «Nuestra Tierra», conminaron a los blancos a desocupar la población. Se resistieron los blancos y entonces sucedió la tragedia.

¡Presa del cañón, muro de choque, carne cobriza y doliente, marcó el color de una insignia perversa sobre el polvo de la plaza de Angamarca!

—Vengan bandidus, vengan. Nusotros somos dueños; caraju, ladrunes!

También se habían armado los blancos. El que menos de un garrote formidable. Eran muchos más que los indios.

—Señor Garcés, hay que darles a los indios para el santo y la víspera.

—De una vez, si no, la vida es imposible.

Alguien llegó a la carrera gritando:

—Les matan los indios a los Guardas del Estanco.

Corrieron todos; en la mitad del camino estaba un guarda inerte, ensangrentado.

Gritos, piedras, golpes, imprecaciones, disparos...

La indiada tuvo que refugiarse en una casa. Les acorralaron los blancos. En la puerta, Melchor Cabascango blandía un machete enorme.

—Que hacemos, señor Garcés.

—Quenemos la casa, así no se ha de escapar ningún indio bandido.

—Nó, eso no. Sería demasiado inhumano.

—Los indios mismos para que han buscado, entonces.

—Lo mejor es darles bala, desde afuera; porque si nó, no han de salir.

—Cierto. Eso es mejor.

Tenían las balas silbidos de serpiente.

Los indios abandonaron a la carrera la casa sitiada para escapar de las balas. Afuera los blancos les recibían a palos. Quedaron muchos cuerpos tendidos, bañados en su propia sangre.

—Matando hi di morir, caraju.

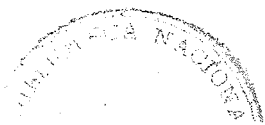
Y Melchor Cabascango erguido, la mirada relampagueante, terrible, avanzaba abriéndose paso con su machete. No pudo sin embargo, caminar mucho. Cayó de bruces, sobre el fango ensangrentado. Una bala le había partido el corazón. Todavía los blancos, como una jauría hambrienta, cayeron a palos sobre él.

Así murió, entre otros, una tarde dominiguera, Melchor Cabascango, formidable expo-

nente de la raza. Sobre su tumba la Petronila ha puesto una brusca cruz de madera, como símbolo de paz.

¡Presas del cañón, muro de choque, carne cobriza y doliente, marcó el color de una bandera importada sobre el polvo de la plaza de Angamarca!

¡Y los trágicos *dotores* andan todavía por esas calles de Dios, sin un remordimiento en la conciencia!



Elegía del Loro Muerto en el Trigal

A mi hija Gladys, pa-
ra cuando sepa leer

ESMERALDA BAJO
EL SOL

Desde el amanecer
el eco repetía sus car-
cajadas sonoras, sus

gritos destemplados, su loca algarabía.

Imitaba el mugido de las vacas en el es-
tablo, el relinchar de los caballos, los gritos
del mayoral.

Bajaba y subía desde la primera hasta la
última rama del lechero plantado en mitad del
patio, todo ufano, meneando con garbo la cola.

Y en la rama más alta del lechero, ergui-
da la cabeza, gritaba al sol de agosto imper-
turbable:

—Lorenzo, Lorenzooo!

Era una esmeralda enorme bajo el brillo
del sol.

RISAS EN LA MAÑANA CLARA

Solía pasearse por el patio, con su andar
patojo, mezclado entre las aves de corral. El
gallo le guardaba deferencias, arrojándole de
vez en cuando un grano de maíz, que tritura-
ba con su fuerte pico, riendo con su reír de
viejo asmático. Los pavos le cobraron rencor

porque imitaba sus gritos descompuestos, extendiendo las alas, hinchando las plumas.

Entre el mundo alado de pavos, gallinas y palomas, él era una esmeralda, una esmeralda enorme que tuviera alas y gritara al sol de agosto:

—Lorenzo, Lorenzooo!

ESMERALDA SONORA

Los dedos nudosos de la abuela solían acariciarle la cabeza y él recibía la caricia con el pico en el suelo, runruneando satisfecho.

Y cuando la abuela iba de paseo por el sendero con su paso temblón y su cabeza nevada, corría tras ella a reclamar su plato de café con leche cotidiano.

Al atardecer, por el sendero que cruza la loma, volvían los peones del trabajo cantando una canción tras las yuntas cansadas y entonces, Lorenzo subía a la copa de un árbol y les gritaba:

—Apuren, apuren!

Hubo tardes en que se le ocurrió saltar sobre la testuz del primer buey y marcharse riendo.

Acaso el buey se iba ufano, pensado que le había nacido una esmeralda sonora en la frente

SOLEDAD DEL DOMINGO

El domingo, Lorenzo solía ponerse triste.

A la mañana con una pata levantada y moviendo significativamente la cabeza, miraba los preparativos para la partida hacia el pueblo. Sus ojos redondos parecían dispersar odio. Cuando las pisadas de las cabalgaduras se perdían en el recodo del camino, se bajaba del árbol y con su andar patojo y lento se acercaba a la abuela que desgranaba soñolienta las cuentas de su camándula. Parecía decirle: mira, abuelita, qué solos nos han dejado.

Pero a la tarde se tomaba el desquite. Uno a uno los veía regresar, borrachos, gesticulando sobre el caballo, o llorando lágrimas de «pu-ro». Entonces Lorenzo, desde su rama, les gritaba riendo a carcajadas:

—Indios borrachos!

Alguno se enojaba y le decía amenazante:

—Verás, loro bandido....

UNA MAÑANA TRAGICA

Cierta mañana sucedió una cosa extraordinaria. La abuelita de manos sarmentosas y cabeza nevada no salió a su paseo matinal por el sendero y Lorenzo se quedó sin el café con leche.

Lorenzo vió todas las caras tristes bañadas de lágrimas y pasito a paso se acercó a mirar desde la puerta.

La abuela estaba allí, todo rígida, toda pálida, entre cuatro velas negras.

Se regresó a su rama y ocultó la cabeza bajo el ala.

Al día siguiente sus ojos asombrados vieron cómo se iba la abuela por el sendero de enfrente dentro de una caja negra, toda rígida, toda pálida....

¡Abuela!, ¡abuela!, le gritó extrañado de que se fuera y le dejara solo.

Pero la abuelita de manos cansadas y temblorosas se había quedado profunda, eternamente, dormida y no le contestó....

VESTIDO DE SOMBRAS

Lorenzo desde ese día trágico odió la luz del sol. Por la tronera penetró en la troje y en la parte más oscura, se vistió de sombra. En vano los bueyes levantaban la cabeza buscándole en su árbol favorito; en vano las violetas del jardín esperaron su charla interminable. Ni más una sola carcajada.

En el rincón más oscuro de la troje. Lorenzo se apropió del silencio.

EL CAMINO DEL SOL

Era una mañana de verano gentil Lorenzo sintió un impulso dentro de su propio ser, una ansia inexplicable y se asomó a la tronera.

El camino por donde se marchó la abuela estaba inundado de sol. No le cabía duda, la

abuela le esperaría en el azul para acariciarle blandamente. Y voló hacia el sol. Sus rayos le irizaron el plumaje de colores.

El camino para ir al sol es largo. Le faltaron las fuerzas y cayó con las alas abiertas, engarzándose en el oro del trigal....

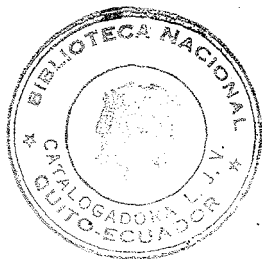
SIEMBRA MARAVILLOSA

También Lorenzo tuvo una caja. Una caja pequeñita de madera sin pintar, y luego, a la mañana siguiente, cuando el sol doró de nuevo los altos picos de la serranía, le sepultaron en la grama del jardín.

Todos los que van por ahí, exclaman asombrados:

—¡Qué lindos campos verdes!. Contéstales tú, pequeñita mía:

—¡Pero claro, si tenemos sembrada una esmeralda!



Bestialidad

El Juan Guamanzara desde chiquito le servía al señor Andrés. Cuatro años tenía cuando la Melchora, viuda del Pedro Guamanzara, un gañán del «Beaterio», le regaló al señor Andrés.

El señor Andrés le hizo a la Melchora un gran favor recibiendo el regalo. Nadie le quería al pobre Juan. De cuatro años y no andaba siquiera. En la cara grandota la tara de la imbecilidad. Los labios gruesos como belfos, destilando baba espesa, blancuzca. ¡Un horror! El señor Andrés le llevó a su casa y le tenía allí, sentado en el corredor, anegado en secreciones. Pero fue creciendo; las piernas torcidas al fin pudieron sostener el cuerpo panzudo y deforme y anduvo, anduvo un poco con pasos vacilantes, y lo que es más, pronunció palabras, aunque un poco incomprensibles.

Se equivocaron los comedidos que le decían al señor Andrés: En vano si ha hecho de esa carga, señor Andrés, nunca li ha de servir el Juan. Y el Juan le sirvió. Pastó los animales del señor Andrés con celo inconcebible, con cariño entrañable. ¡Qué bien desquitaba la comida el Juan! A las seis ya se iba con las vacas a la loma, mascando sonoramente su pañuelo de maíz tostado y a las seis, cuando ya

el sol no es más que un hilito que se arranca en occidente, un hilito de seda color de oro, tornaba nuevamente, agotado el maíz, la cara famélica, gruñendo interjecciones tras las vacas pausadas.

Pero un día al señor Andrés se le ocurrió regalarle un payasito de hueso, de esos que hacen los reclusos en la Penitenciaría, y entonces descuidó su trabajo. Era el día de navidad y el señor Andrés creyó cumplir un deber. Mejor no lo hubiera hecho. A las vacas no les gusta mucho la hierba del rastrojo, prefieren las habas tiernas de la sementera, las mazoreas del choclo que comienza, porque eso es más sustancioso. Al señor Andrés en cambio, no le convenía tal preferencia, porque las habas y los choclos se venden en las ferias y no así la hierba del rastrojo. Y el Juan Guamanzara otra celoso defensor de los intereses del señor Andrés, entretenido en las cómicas piruetas del payasito de hueso, dejaba que los animales satisficiesen sus gustos. A lo más les gritaba, sin levantarse, cuando los veía en el daño:

—¡Vaca carajuuuu...!

Las vacas levantaban la cabeza astada y le veían como diciéndole:

—Dejá no más, Juan; a vos que te importa, no es tuyo. Para la mazamorra y los harapos que te regala tu amo...

... ¡A un tonto, indio y gañán, que más ha de dar un amo!

Y en eso sí que no se había fijado el Juan. Esa mañana se rió todo el día:

— Ji, ji, ji, ju, ju, ju....!!!

Los belfos brillantes, los ojos saturados de luz.

La señora Pastora, la mujer del señor Andrés, cayó en la cuenta de lo extraño de este reír sin término. Claro que el Juan se reía siempre de todo, pero nunca en semejante forma. Le notó cuando, volviendo del pastoreo, le daba la comida. Seis platos bien colmados de la misma mazamorra.

— Ji, ji, ji, ju, ju, ju.....

— ¿Qué te pasa, Juan, que te reis así?

Y el Juan siempre:

— Ji, ji, ji, ju, ju, ju,

— ¡Tonto y mierda ya me duele la cabeza de tanto oírle!

Y dirigiéndose al Juan:

— Callate, ve, callate. Ya me está doliendo la cabeza.

Y el tonto su cantinela horrible.

— Ji, ji, ji, ju, ju, ju.....

También le interesó la risa del mudo a la niña Carmen, la hija del señor Andrés, bata de vuela estampada, grandes ojos claros, diez y ocho años floridos en un estupendo cuerpo de mujer.

— ¿Por qué te reis tanto, Juan?

Sólo entonces habló el tonto.

— Allá arriba, el turu culurado muntando

incima de la vaca nigra, purfiando, purfiando....

La señora Pastora rugió colérica:

—Callá, mudo animal, callá, si no querís que te rompa la cabeza. ¡Venir a decir estas cosas delante de la chiquilla!....

La ña Carmen se fue enseguida, colorada, colorada....

—

La ña Carmen se casaba ese día en el pueblo. Prepararon la casa. La Chepa sacudía en el patio el colchón con un largo vergajo. En el aire silbaba el vergajo. El Juan se reía mirando alelado. La chepa le dijo:

—¿Qué te causa pes a vos tanta gracia? Ya no más te voy a dar a vos en vez de dar al colchón.

Pero él no le hizo caso. Antes más bien se sentó en cunclillas para mirar mejor.

—Ve, Juan, ya se están yendo las vacas por el otro lado.

El contestó alzando los hombros:

—Qui mi impurta.

—Si te ve el señor Andrés te ha de dar duro.

—Carajuuuu....

Y se fué hosco, resongando.

Se desquitó asestando a la última vaca dos garrotazos formidables.

—Caraju, vaca carajuuuu....

El Juan, en la loma, se subió a un árbol. Ya venían del casorio. Toditos montados. Debie-

ron haber bebido mucho. Gesticulaban como locos. Se reían a carcajadas. Gritaban: ¡vivan los novios! Con sombrero de fieltro, ¡qué elegante la ña Carmen! Luego, una vez en la casa, se oyó la música de la vitrola y muchos gritos: ¡Vivan los novios, vivan!!

El tonto, desde el árbol, se reía.

—Ji, ji, ji, ju, ju, ju....

Esa tarde se olvidaron de darle de comer. ¡Quién estaba para preocuparse de él, sin embargo de que el trabajo aumentó considerablemente!

—Juan, cogé la malta, andá brevito, traime agua; pero verás que esté bien limpia.

El Juan se iba por el agua.

—Juan, ya se acaba la leña, santo Dios, y los cuis todavía no están. Correte a trairme leña.

Sudaba la Chepa. El Juan volvía con una gran brazada de ramas secas.

—Soplá la candela, mudo ocioso, para algo siquiera serví.

El Juan soplaba el fucunero hasta quedar morado.

Ne le dieron de comer nada esa tarde. Rebuscó en los desperdicios los huesos de cui bien lamidos. A espaldas de la Chepa se comió una que otra papa, sobra de algun invitado de poco apetito.

Por fin se terminó la fiesta; es decir, lo principal de la fiesta; pues, de bailar, se bailaba todavía entre los cuerpos de los borrachos templados en el suelo, al son de la música de la vitrola afónica. Pero los novios se retiraron a la alcoba. El Juan les estuvo acechando. Brillantes los ojos, los belfos más babosos que nunca. Nadie pasaba por el corredor. La Chepa se había quedado dormida junto al fogón; la Marica roncaba tras de la puerta de la cocina.

El Juan arrimó la oreja al hueco de la chapa. El aire se llevaba leve rumor de besos.... Ya estaba amaneciendo. Serían las tres, serían las cuatro de la mañana. El Juan jadeaba. Había un rechín de tablas, mezclado con gemidos suaves y una voz que murmuraba tenue: mía, por fin mía.... El Juan jadeaba, prendido de la cerradura como un chinche....

La Chepa, ya despierta, salió a orinar al patio y le vió al Juan en semejante actitud. Se volvió furiosa.

—¿Qué hacís tonto bandido, qué hacís?

Y le largó un coscacho.

El Juan se fué riendo:

—Ji, ji, ji, ju, ju, ju.... Como el turu culurado y la vaca negra. El ñu Jusé incima di la ña Carmin. Pucha, qui ricu, si muive la ña Carmin....

—¡Mudo bandido....!!

En medio del sopor del mediodía, cuando

todos dormían aún, fatigados del baile y ahitos el cerebro de vapores alcohólicos, la noticia llegó como un gran alarido: ¡se llevaban preso al Juan Guamanzara!

—Señor Andrés, señor Andrés, al Juan le llevan los chapas; por qué también será....

El señor Andrés se restregó los ojos, se echó de la cama y salió.

—¿Quién le lleva al Juan; por qué le llevan?

Se levantó toda la casa. Todos salieron a la puerta a inquirir.

El Juan venía, en efecto, entre los chapas, gruñendo como un cerdo. Con una mano sostenía el pantalón desabrochado, con la otra se limpiaba las babas.

—¿Por qué le lleveis al Juan, Domitilo?

Y el chapa contestó:

—Porque el mudo ha estado haciendo pen-dejadas con la borrega negra.

La Borrega negra iba detrás, conducida por un comedido, todavía sangrando. Era el cuerpo del delito.

—Mudo bandido, en lo que ha venido a parar....

—Si era un pícaro el mudo.

El señor Andrés dijo riendo:

—Al fin, pues, quien también liba a querer al pobre Juan si nu era la borrega negra.

La Chepa preguntó ingenua:

—¿Pero sólo por eso le llevan?; taita mío, disparate....

El hijo del Mayoral, Manuel Llugcha, le explicó:

—No, señora Chepa, esto dizque es malo; dizque se llama bestialidad....

Esas.... de paletó de pieles

A esa clase que se llama aristocrática, este relato auténtico como la merced de un esputo en pleno rostro.

—Mañana mos de ir, Rafel. Tendrás lista la carga. Las dos mulas de aguacates en los burros. Las papitas en el macho. Lo que es las chirimoyas de soberna no más han dir.

Verás que los animales coman bien, Rafel; prontico, antes de que sea más de noche, irás a quebrar hoja.

El Rafel refunfuñó enojado:

—Todo quiere qui haga yo, taita también; por qué no le manda pes al Pedro, echadote está de vago....

El taita preguntó:

—Echadote dis que esteis, Pedroo? A vos ca te mandé onde el compadre Taipe a que me preste hasta volver no más el jaquimero.

Otra voz respondió desde el patio:

—Ya me voy, pes, taita....

Benjamín Talavera negociaba en fruta. Fruta rica. Aguacates de leche, chirimoyas grandotas, naranjas aromas, gruesas como senos de mujer.

—Levantate, Rafel, ya esta cantando el gallo. Levantate prontico.

Apenas un hilo de luz incierta se filtraba por el quicio de la puerta.

Se levantó el Rafel. Salió al patio. Estiró los brazos. Bostezó dos veces.

Benjamín Talavera, el taita, preparaba las cargas.

Con fino esfumino el día aclaraba el borrón negro de la noche.

—Trai a los burros, Rafel, pero movete, que vago que sois...

Dentro de la casa, lloraba el guagua, despierto de improvisó.

—Me muero, el burro negro esta chupado chupado, no cro que li has puesto la hierba, Rafel.

--Si le puse, taita, de mala medra mismo es...

Los primeros caminantes pasaron por la carretera silbando.

—Ajustá, ajustá duro, Rafel. ¡Carajo como se hincha el macho bandido!

Le quitó al macho la venda. Se amarró las alpargatas.

—Aura ya. Pasame el poncho. Vamós.

Cojió el acial. Se embozó en el poncho.

—Burroo, burrooo....

Desde el camino gritó:

—Manuelaaa, mandarás al Pedro a que des hierbe la alverja. Que la Teresa ordeñe la vaca y se vaya a la escuela.

La Manuela contestó desde el cuarto.

—Buenoo....

Andando no más estaban, despacio, al paso de los burros. En silencio los dos juntos. Las manos bajo los ponchos. ¡Que frío! Divisaron en la curva de arriba del camino un bulto grande, bien pegado a la cuneta.

—¿Qué será, pes, taita?

—Hum, auto cro que es.

—Dañado estará, taita.....

Lloraba el viento entre los chaparros. El guaicundo se lamentaba: guai-cun-dó, guai-cun-dó.

—Como si ha de pegar pes así el auto. Ahisito no más está la quebrada.

—Chumados estarán, taita

—Así tan será.....

Ya mismito llegaban hasta el auto.

—Burroo, burrooo.

El esfumino del día volvía cada vez más vaga la sombra. Se pintaba de claro el cielo.

Pudieron ver más. Ya mismito llegaban. Los del auto eran dos. Un hombre y una mujer. La mujer estaba acostada en el suelo con la ropa levantada. Las piernas se veían blancas. Se dió cuenta el hombre y se volvió brusca-mente. La mujer se levantó. Algo le dijo al hombre. El le arrastró hasta el auto; iba élla con dificultad como si sufriera.

Rugió el motor y, como enloquecido, el auto se perdió a la carrera, en la curva del camino.

—¿Qué era pes, Rafel?

Al Benjamín Talavera se le desorbitaron los ojos, se le erizó el cabello.

—¿Qué era pes, Rafael?

—No sé qué era, taita ..

Dejaron a los burros, apresuraron el paso. Llegaron hasta el sitio en donde estaba el auto.

Un gran charco de sangre sobre la grama.

—Dios me valga, cro que han matado a alguien.

De entré el chaparro salió un gemido leve. Una manita blanca que trataba de asirse de algo.

—Taita, taita, aquí han botado un guagua. Via, taita, via....

El Rafael horrorizado señalaba el chaparro.

—Bajate, Rafael, y cogele....

—Carajo, si nó era por las ramas se caye a la quebrada, taita.

El Rafael le enseñaba. El guagua gemía que-dito. Tenía un gran golpe en la frente. Las manos diminutas querían agarrarse a la vida.

—Con la placenta y todo. ¡Carajo, qué bandidos! Tapale, se va a morir de frío.

Las manos y el poncho del Rafael se mancharon de sangre.

—¡Ricos del carajo!. Estos son así. Estos botan a los hijos, mierda, y que no haiga ley. Esas mujeres p...., bien p...., pior que los animales, pior que las bestias....

El Benjamín Talavera blandió los puños.

—Carajo, nosotros los indios, los cholos, no

botamos a los hijos en el camino, nosotros les criamos, partimos los harapos de los otros para darle al nuevo; marido y mujer ambos trabajamos duro pero criamos a todos...

¡Carajo, la honra de estas p... de paletó de pieles!...

El guagua seguía gimiendo. El Rafael preguntó:

—¿Y aura qui hacemos, taita?

—¿Qui hacemos? Regresar a la casa. Que le dé de mamar la Manuela. Que parta la leche del Miguel con estico. Que tan hemos de hacer. Menos le hemos de dejar en el camino. Haré la cuenta de que la Manuela ha parido dos.

—¿Y las cargas, taita?; ¿lo que mama necesita la plata?

—¡Qué pendejo que sois, Rafael! Que necite pes, que espere. El guagua es más.

—Así es, taita ...

Y emprendieron el regreso. Gemía débilmente la criatura.

El primer rayo de sol doró la cumbre. El guaicundo se lamentaba aún:

Guai-cun-dó, guai-cun-dó ...

La María Teresa

A María Alicia
Dominguez

El Juan Manuel
Guanín sí que era ri-
co. Cuarenta cuabras
de terreno, muchas

vacas, muchos caballos, una manada de cien ovejas, no lo tiene cualquiera. Las viejas rezongaban que se había sacado un entierro; podía ser la verdad. Pero lo cierto es que heredó unos cuatro reales de su padre y eso le sirvió de base para dedicarse al comercio. Diez años anduvo gritando por las calles de anejos y villorios: !Telas, encajes, olanes, niña; Y así, pacientemente, logró amasar su fortuna. Luego, liquidó el negocio, volvió a su pueblo y se casó con la Rosa, su amor de joven, un poco envejecida por la larga espera. Y tuvieron una hija, la María Teresa. Desde el principio la criaron bien. Con vestidos de «niña»; para algo Juan Manuel sabía de las calidades de las telas, del valor de los encajes y las cintas.

Juan Manuel trajo en los ojos los colores de todos los paisajes y entretegió con ellos un porvenir de ensueño para su hija. Ella correspondía al orgullo de Juan Manuel Guanín. La María Teresa se gastaba aires de señorita, en los ojos rimel, en los labios, quizá un poquito gruesos, perfumado «rouge». Cuando la engendró Juan Manuel Guanín, debió imaginarse que al poseer a la Rosa, poseía a alguna señorita

de esas de la ciudad que vió acaso en sus largos viajes de trotacaminos, con la pena inmensa del loco que anhelase guardarse una estrella en el bolsillo del chaleco. De otro modo, humanamente, no era dable creer cómo la Rosa pudo producir una flor como la María Teresa. ¡María Teresa! También nombre ciudadano, con no se qué de heráldico en su sonido, con no sé qué de aristocrático en sus sílabas.

Desde que la hija llegó a los catorce años y se creó sus pretenciones, también la Rosa y el Juan Manuel tuvieron que sufrir una transformación. Afuera la camisa lavada con demasiado azul y el cuello sin corbata, ni más las alpargatas de cabuya fuerte y los anchos pantalones blancos; y las gentes del pueblo se decían asombradas:

—¡Caray, como cambia la plata!

—La hija le mete en eso, compadre Rafel.

—¡Pucha, yo que me dejara mandar de los hijos!

Y ese domingo le vió el hijo de don Crisanto Alvarez, un estudiante sentimental que hacía versos. Esto de hacer versos y sentimentales ya es un poco antiguo; el sentimiento, el pensamiento pasado por el tamiz del corazón en este siglo huele a rancio, y hacer versos sentimentales es una chifladura como cualquiera otra. Por esto don Crisanto veía con pena la afición de

su hijo. ¡Y haber gastado tanta plata para educarle!, se decía en horas meditativas, comunmente las de la digestión, la mano sobre el abdomen un tanto pronunciado. Nada de estudiar un negocio, nada de una regla de interés compuesto, ni siquiera un asomo de sentido económico.

Carlos Alfredo—así se llamaba el hijo—pasaba el verano en la hacienda de su padre y vagaba por los campos, recitando versos a los pastores que le oían alelados y a los pájaros locos que detenían su vuelo en las ramas del sendero.

Y ese domingo al salir de la misa, le vió Carlos Alfredo a la María Teresa. Se hizo presentar. Fueron amigos. Así nació el amor.

El porvenir de ensueño que entretegió Juan Manuel Guanín para su hija María Teresa con los colores de todos los paisajes de sus diez años de trotacamino, se convertían por fin en realidad.

—El señor Carlos Alfredo está enamorado de la María Teresa, le dijeron a don Crisanto Alvarez.

Y don Crisanto se rió con toda la boca:

—Ja, ja! Buen ojo el del muchacho. Siquiera en esto se parece a mí, cuando era guambra... Siquiera en esto....

—

Ni la caída de la casa sobre él, le hubiera

producido tal efecto, Se le nublaron los ojos, le dió vueltas la cabeza.

—¿Y eso vienes a decirme, gran majadero? ¡Tú casado con la María Teresa, la hija del Juan Manuel Guanín, un indio que vendía telas en la feria! Siempre te creí un imbécil; no estaba equivocado.

—Hay que ser, sobre todo caballero, papá. Yo no puedo echarme a hombros la honra de la María Teresa. La quiero, ha sido mía.... La sangre vale menos que nada....

—¡Basta! No quiero oír más sandeces. ¡Defender la honra de una longa! Como me oyes, lo juro—y besó los dedos en cruz—te mato antes que ver mezclado mi nombre con los Guanín, ¡los indios Guanín!....

Don Crisanto, en la cumbre de la desesperación, se oprimía con ambas manos la cabeza.

Y aquel chillado que hacía versos sentimentales y que tuvo la audacia de querer romper la barrera infranqueable de la raza, no pudo casarse con la María Teresa.

Don Crisanto, en su delirio, urdió una trama infernal y no sólo lanzó al lodo la honra de la longa Guanín, sino aún la de su propio hijo.

Fingió un robo en sus cajas. Lo arregló de modo que cayera la culpa sobre Carlos Alfredo y puso el caso en conocimiento de las autoridades.

—El bandido de mi hijo me ha robado la plata para casarse con la longa, dijo don Crisanto, católico, rico y noble.

Al otro día le llevaron preso a Quito y le condenaron. La plata condena siempre, cuando lo quiere el dueño.

Tras los hierros de la prisión, roto el porvenir, el pobre chillado tuvo que decirle sus endechas a la luna.

La luna borda encajes bajo las ramas de los aguacateros en flor. La brisa recita quedamente un verso monótono y sin fin. Sentada sobre el brocal del pozo, María Teresa piensa y llora. Sus lágrimas corren raudas e imperceptibles hasta perderse en el pecho. Brilla la comba del vientre fecundo.

—Todavía estais llorando, María Teresa. Entrá. No seais tonta.

—Déjeme mamita, déjeme no más.

Y la madre llega hasta élla y le toma la cabeza entre sus manos.

—No lloréis, hijita, ya ha de salir y ha de volver....

Fulguran los ojos de la María Teresa. Se pone de pie y en un arranque de orgullo y de triunfo exclama, enseñando la comba del vientre fecundo:

—Sí, mamita, sí....! Aquí, aquí está la promesa de él hecha vida, hecha carne. Aquí está el amor de los dos....! ¡La sangre del hijo del

SEÑOR Crisanto Alvarez y la mía en una sóla, fundida en una sóla.... Que vengan a destruirla.....!

Lloraba y reía la María Teresa, mientras la luna bordaba encajes bajo las ramas de los aguacateros en flor.....



La Guarapería

El cojo Moisés trina-
naba de la furia:

— ¡Ladrón, viejo ladrón, mi ha cambiado el ayora, carajo! Bueno era y aura dice que es de plomo. Asimismo es este viejo ladrón....

Al guarapero se le subió la sangre a la cara:

— Cojitranca bandido, vos sois el ladrón que querís meterme el ayora de plomo.

— ¡De plomo! Quia de ser de plomo el que le dí. Este es otro, otro que usté ha tenido y que aura dice que le hi dado yo.

Entre las manos un sucre falso, el cojo Moisés rugía:

— ¡Ladrón, viejo ladrón!....

— Andate, andate, ve carajo, antes de que coja una botella y te rompa la crisma, cojo desgraciado....

Uniendo la palabra a la acción, el viejo José María, el guarapero, tomó una botella vacía de la estantería.

El Moisés se apresuró a salir. Desde la puerta le gritó todavía:

— Viejo ladrón, viejo bandido que vendís meados en vez de guarapo, viejo ladrón....

En la Avenida 24 de Mayo, clara, potente, por sobre todos los ruidos, flotaba la voz del pobre *Diablo Ocioso*:

—¡Colación americana, niñaáaa! ..

El cojo Moisés se pasó la mano por el bigote humedo. Contra el poste se restregó la espalda. La camisa — piltrafa de camisa — se le salía por la abertura del pantalón. Tenía ganas de llorar....

¡Un sucre! Cuánto guarapo por un sucre. Qué de trabajo le costó ganarlo. Todo el día anterior, con la garganta seca, por las calles céntricas diciendo a los señores: señorcito un realito para una tacita de café. Algunos dan todavía, pero son más los que no dan. La caridad anda ahora muy mal. ¡Y perderlo todo por la sórdida avaricia de un dueño de guarapería! ¡Suerte perra!....

El cojo Moisés tenía ganas de llorar. El cojo Moisés estaba decididamente triste....

Y sobre esa pena, la voz amarga del pobre «Diablo Ocioso»:

—¡Colación, colación americana, niñaáaa!....

La cara terriblemente hinchada, el color ceniciento, cristalino, caídos los pelos bajo el coco mugriento, roto, desarticulado, con unos zapatones enormes pretendiendo escapársele de los pies a cada paso, el Pontón se asomó a la esquina. Apenas si podía abrir los ojos lagañosos, como una puerta entreabierta abandonada largos años, que se cubre de telarañas.

Le vió al cojo Moisés arrimado a la pared; por los rotos de la camisa, la barriga morena contemplando el sol....

—Moisés, ¿que vis así?, le gritó el Pontón.

—Carajo, la suerte es perra, Pontón....

—Aura estarás viendo. Como una puta sucia.... Siempre ha sido así.... Pero yo si tuve un tiempo; me ganaba buena plata... Como una piedra he ido rodando. Aura estoy en el basurero....

El Moisés se asió de la solapa del saco del Pontón y le dijo casi al oído con voz tremante, mitad de cólera, mitad de angustia:

— El viejo José María me acaba de robar un sucre....

El Pontón abrió los ojos beteados de lagañas:

—¡Un sucre!

—¡Un sucre, Pontón, un sucre!

Se arrimaron los dos a la pared. El cojo con los ojos húmedos. El Pontón con la cabeza baja.

Al trote rápido de la mulita, pasaba por la Avenida la negra carreta de los muertos pobres, la que hace el aseo del Hospital, llevándose la carroña que no reclama nadie.

—Ve, Pontón, algún día te has dir en ese coche. Y gratis, sin que te cobren nada....

—Siquiera eso, carajo....

Se rieron los dos.

Primero élla, luego él.

El Valverde es pequeño, blanco. Debió ser

colorado. El guarapo le ha pintado ahora de morado, un morado verdoso, repugnante. Ella es más alta. La nariz encorvada y roja. El un ojo cerrado, perdido, expele de vez en cuando un hilo de materia blancuzca, como si estuviera llorando él sólo. No pintó nada don Francisco de Goya.

Primero élla, luego él. Los dos lentamente....

—Don José María, buenas tardes....

—Buenas tardes, vengan.

—Caracho, la sed que hace. De un mediecito para mí y para ésta.

Ella se había sentado en la banca, junto a la puerta. Resongó:

—Pero bueno dará.

Era una voz de grito en una caverna.

—Qué es pes, la señora Nicolasa también, ya sabe que a todos doy bueno.

En el asafate el guarapo brillaba. ¡Guarapo lindo, sabroso y barato! Con calé uno se chuma, con medio más. ¿Que es papalulún? ¿Que es meados? Que; más también ha de tomar el que no tiene sino un calé. ¡Guarapo lindo, rico no más!

—Al Hernández dizque le han cojido al fin, señor José María.

—Así dizques....

—En la iglesia de Santo Domingo, cuando se llevaba el carril de una mujer.

—Pendejo, dejarse coger. Buen cliente era. Bien gastaba cuando venía por aquí. Hasta compraba puro.

—Aura en el churo el pobre, quién sabe hasta cuando....

Pilche a pilche se tomaba la Nicolasa, en tanto que hablaba el Valverde. Al fin se dió cuenta.

—Carajo, mientras yo converso vos ya te has acabado el guarapo. Dé no más un calé más señor José María....

El ciego Pedro hizo vibrar el arpa.

La calle maloliente, sigsagueante, malempedrada —el Concejo Municipal pule las fachadas de los templos, ¡bienaventurado!— invadida por las primeras sombras se llenó de notas, sones perdidos, sones rotos, como la vida negra de los clientes de la guarapería....

El pasillo cursi y vulgar temblaba entre los labios del ciego Pedro:

«Cuando tú te hayas ido,
con mi dolor a solas,
evocaré este idillo
en sus azules horas....»

Continuaban ambos adosados a la pared. Estatuas de estercolero. El Pontón hurgó en el fondo mugriento del bolsillo del pantalón y sacó un puñado de colillas.

—¿Querís fumar, Moisés?

—Claro, pes, Pontón. Vos siquiera podís agacharte a coger y tenís siempre qué fumar,

mientras que yo.... Con esta pata de palo, el trabajo que me cuesta.

También sacó el Pontón un pedazo de papel de periódico, rompió dos mortajas y fabricó estupendos cigarrillos.

Fumaban ambos en silencio.

La guarapería comenzaba a vivir. Fueron llegando uno a uno, en trágica procesión, los señores de la pobreza, harapos multicolores, carnes laceradas por el vicio y la miseria y mezclados con ellos, los más tristes de los tristes, los indios, los cargadores de fardos, bestias humanas jadeantes por las cuestras de la ciudad, los que, a la mañana, vinieron de los pueblos con víveres al mercado y se quedaron tentados por el arpa y el diabólico embrujamiento de la guarapería.

—¿Y aura que hacemos, Pontón?

—Caray, Moisés.... Vamos no más...

—Bravo estaba el viejo José María. No ha de querer fiar ni un calecito.... No vaya a querer pegarme....

—Nó, vamós no más.... Si el viejo no fía alguien nos ha de brindar.

Y se fueron cogidos del brazo.

El pasillo cursi y vulgar temblaba entre los labios del ciego Pedro:

«Cuando tú te hayas ido
me envolverán las sombras....»

—Dejate de pendejadas, Pedro, tocate un sanjuanito, mejor....

—Bueno, ño Valverde.

Avanzaba la noche y la sombra pintaba todo de negro.

—¡Compadre Melchor, compadre Melchor!

El Melchor se retiraba del mercado con el costal al hombro, casi concluída su mercancía. Esa mañana vino de Guangopolo con cinco mulas de choclos.

—Adios, compadre Fermín, ni li habia visto.... Como ya está de noche.

—¿A donde si iba pes compadre?

—A dormir a la posada, para madrugar a la casa.

—Tome un pilchecito de guarapo.

—Dio so lo pai, compadrito.

El Melchor se acercó a la puerta de la guarapería. Bebió el guarapo de un trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

En ese instante llegaron los dos: el Pontón y el cojo Moisés. Como perros sarnosos que han sufrido un castigo. Con la mirada opaca, perruna, saturada de humildad.

—Buenas noches.

Le saludaban al indio Fermín.

—Buenas noches, niños.

—Otro pilche, compadrito.

—Dio so lo pai.

Las miradas del cojo y del Pontón se iban del asafate al pilche, del pilche a la boca del que tomaba. ¡Que mirada de pena, de deseo, de

sed inconmensurable e infinita! El indio Fermín comprendió,

—Sus mercedes no quieren guarapito.

—Gracias.

En los ojos de los dos brilló una luz.

¡Guarapo lindo cómo alegra el alma de estos pobres muñecos mugrientos y miserables; de estos vencidos que, acaso, dieron comienzo en las cantinas de un club y ahora su rodada acaba en la puerta de la guarapería!

Bebieron con sed de siglos, chasqueando la lengua....

¿Meados? ¿Papalulún? ¡Qué importa!

Acabado el guarapo del Fermín, también el Melchor tuvo que ser rumboso:

—Ponga un rial, patrón....

El ciego Pedro cantaba el sanjuanito:

«Imbabura de mi vida,
tierra donde yo naí,
para todos fuiste madre
y madrastra para mí....»

Bailaban en un círculo. Al medio la señora Nicolasa, vertiendo por su ojo perdido lágrimas blancuzcas, la nariz escarlata, babeando. Con la mano derecha se levantaba la falda sucia.

El guarapero José María, con quietud de estatua, miraba la calle desde el mostrador.

Lloraba el Pontón, ya borracho, echado en

el suelo, abierta la bragueta, al aire los órganos sexuales....

— ¡La vida perra, carajuuu, la vida perra....!

El cojo Moisés apoyado en la jamba de la puerta vomitaba en la acera:

— Huac, huac, huac....

—

No llore así ño Pontón, no llore así....

El indio Melchor le consolaba....

— Dejame, dejame no más... ¡Esta vida puerca!.... Dame guarapo, dame....

— No José María, ponga un rial más.

El Melchor se quedó pálido. Registró todos los bolsillos. No tenía la plata.

— ¡Mi han robado la plata, mi han robado!

Fue un grito pavoroso. El Pontón dejó de llorar. Murió la canción en los labios del ciego Pedro.

— ¡Treinta sucres, mi capitalito, treinta sucres, por Dios!

Salió a la calle.

— Señor Celador, señor Celador!

Acudió el Policía.

— Mi acaban de robar treinta sucres, en el pañuelo tenía amarrado, señor Celador....

— Yo nu sido, yo nu sido....

Le llevaron al Velasco por sospechoso, a puntapiés. Tras él se fué el indio Melchor huyendo....

— ¡Treinta sucres, taita mío, como ha de ser....!



El reloj del Hospicio dió la una.

El guarapero cerró las puertas. Preparó su cama tras el mostrador. No despachó a la clientela. Sabía muy bien que despacharla equivalía a obligarla a dormir en la calle y él era un guarapero de buen corazón.

En revoltijo de harapos hediondos se durmieron sobre el piso de ladrillo: el Valverde, el Pontón, el Fermín. El Moisés junto a la Nicolasa.

Aullaba un can en el silencio de la noche.

Entre sueños oyó el Valverde un ruido sospechoso. Abrió los ojos, vió: ¡el Moisés sobre la Nicolasa en una cópula hórrida y bestial....!

¡La Nicolasa, su mujer!

Se incorporó y levantando la mano gritó, pleno de gozo:

—¡Moisés, me debís un rial de guarapo. Verás, no negarás!

El Moisés quiso contestar pero no pudo. ¡La náusea maldita!

—Huac, huac, huac....

Sobre toda la cara de la Nicolasa. El líquido blancuzco del ojo se mezcló con el vómito del Moisés....

El viento, necio, golpeaba la tabla puesta sobre la puerta de la tienda, con esta inscripción:

Al gran guarapo de JOSE MARIA ANDRANGO

Aullaba un can en el silencio de la noche....

Una Historia de Amor

Me dice usted que le cuente una historia de amor.

Ya no se historias de amor. ¡Pero es la tarde tan bella! El cielo refleja un gran incendio y la brisa nos besa levemente con su beso perfumado. Por los riscos de enfrente un rondador solloza. Es el pastor que vuelve tras la albura de los recen-tales, filtrando lágrimas por los rústicos tubos de carrizc.

Mire usted como la luz se muere y la sombra avanza sobre el campo y, sin sentirlo, se va adentrando también en nuestro corazón.

Me pide usted que le cuente una historia de amor.... Ya no soy un sentimental; tengo re-seco el corazón. La vida quema demasiado. ¿Insiste? Bien. Le contaré una historia de amor, pero bajito, sólo para los dos.... ¡Es tan bella la tarde!

— — —

¿Oyó usted ahora, muy por la mañana, la voz de la campanita de la iglesia del pueblo que tocaba a muerto? Le llevaban a enterrar a la Lola, esa muchacha hija de la dueña de la tienda de la esquina de la plaza. Usted la conoció bien. En las otras vacaciones era gor-da y garrida, los ojos inmensamente negros, empapados de luz; en estas, cuando yo vine y

la ví, la sorpresa me cortó el camino. Estaba delgaducha, los ojos apagados, mustios, el color terroso. ¿Estás enferma?, le pregunté. Sí, me respondió, muy enferma. Y se enjugó una lágrima.

Ahora duerme bajo la tierra su sueño imperturbable. Por ella lloró la campanita esta mañana....

Paseaba mi tristeza por la plaza desierta la otra noche. Me gusta contar los luceros en las noches estrelladas. Es un afán inútil; hay estrellas que se fugan, que desaparecen de pronto, que agonizan ¡y son tantas! Contaba los luceros cuando oí en la casa de la Lola un largo rosario de gemidos. Me acerqué lentamente. Ante un cuadro místico chisporoteaba un cirio. La Lola se iba para siempre musitando un nombre: Alfonso. Junto a élla el cura resongaba un rezo. Múltiples vecinas, de rodillas en el suelo, contestaban en coro: Ora pro nobis, ora pro nobis... Me vió la madre y, acercándose, oprimió mi mano con infinita pena:—¡Mi Lola se muere! Abandoné la estancia. El dolor me estrujaba con furia el corazón.

Hace un año justamente, vino un estudiante a pasar sus vacaciones en el pueblo. Usted le conoció. Era alto, moreno, casi simpático.

Galopaba briosos caballos y, a la tarde, solía tomar cerveza en la tienda de la madre de la Lola.

El estudiante se aburría — el campo no se da a todos— y para matar su aburrimiento le enamoró a la Lola, como el que coje una flor silvestre del camino y la despetala sin saber por qué.

Y la Lola le amó, le amó con amor vehementemente, sincero, abierto a todos los sacrificios. Fue suya una noche bajo la sombra cómplice de los chilcos, sin una gota de poesía. El era un estudiante del siglo: músculos, cine, bar; ni siquiera sabía el sitio del corazón....

Usted vino luego. El estudiante le vió; se hablaron. Era un espléndido partido. Una mujer moderna, que se pinta los labios, que fuma, que lleva en su cuerpo los filtros de brujería de Coty, de Houbigant....

¿Por qué me mira así? ¿Ha comprendido a dónde voy?

Yo no sé si ustedes se amaron y no sé porque no entiendo cómo es el amor ahora. Pero si sé que los dos —usted y él— se paseaban por los senderos apartados, por las marañas del bosque, y que una tarde —una de tantas, de seguro— usted le entregó la miel de sus labios voraces y pintados. Pero si esa tarde alguno de ustedes hubiera mirado entre el charro, habría visto unos ojos grandes, negros y tristes, velados de lágrimas.

El se fue a la ciudad. También usted. Se quedó la Lola con su cariño roto, como una niña con su mejor juguete, con el único de su vida, destrozado....

¿Sabe? Ahora lloró por élla la campanita de la iglesia del pueblo....

Algunas voces ecuatorianas empleadas en «La Careta Brava»

ARREGLO DEL AUTOR

Diabluma. — Un director del baile de San Pedro. Cada partida de indios tiene uno. El diabluma va a la cabeza con la careta de bayeta y el acial. En algunas partes en vez de careta, se pintan la cara con carbón. Son intocables en las riñas porque el diablo les protege. Todos los bailarines tienen que imitar los movimientos del diabluma. Para que la careta se haga «brava» es preciso dejarla tres noches de luna bajo una piedra negra.

Meados. — Orines.

Garúa. — Lluvia muy fina propia de los páramos.

Churo. — Cárcel.

Malta.— Recipiente de barro, grande. Comunmente se usa para transportar agua o guardar chicha.

Fucunero.—Tubo de madera para soplar y avivar el fuego.

Cuy.—Conejillo de indias, cobayo.

Coscacho.—Golpe, con la mano cerrada, en la cabeza.

Chapa.—Policía.

Jaquimero.—Jáquima.

Mala medra.—Mala constitución física.

Rafel.—Rafael.

Guaicundo.—Pájaro que vive oculto en los chaparros.

Estico.—Estito.

Tan.—También.

Longa.—India joven.

Ayora.—La gente del pueblo llama así a la moneda de plata de un sucre. Es el apellido del mejor Presidente que ha tenido la República en estos últimos tiempos.

Medio.—Moneda de cinco centavos.

Calé.—Moneda de dos centavos y medio.

Orinas.—Orines.

Guarapo.—Caldo de caña que comienza a fermentar. En las guaraperías no venden nunca guarapo, sino una mezcla tóxica, indefinida.

Guarapería.—Sitio en que se vende guarapo.

Chumar.—Embriagar.

Cacho.—Cuerno.

Bayeta.—Tela de lana gruesa, tejida a la mano.

Taita.—Padre.

Fi.—fui.

Cuezco.—Puñada.

Dio so lo pai.—Dios le pague.

Papacara.—Lluvia muy fina que cae en cristales blancos.

Cro.—Creo.

Peshte.—Desgraciado, infeliz.

Llugshi.—Expresión usada para echar a los perros.

Ataco.—Planta de color morado. Colorante para comidas.

Dotor.—Doctor.

Platica.—Dinero, dinerito.

Puro.—Aguardiente.

INDICE

La Careta Brava	Página	7
Sangre de Indios en la Plaza de Angamarca	Página	11
Elegía del Loro Muerto en el Trigal	Página	17
Bestialidad	Página	23
Esas.... de paletó de pieles	Página	31
La María Teresa	Página	37
La Guarapería	Página	43
Una historia de amor	Página	53



Obras de Enrique Dávila Jijón

PUBLICADAS POR EDITORIAL EBAN

El Jáichigua (agotada)

El Páramo Gime (»)

La Careta Brava



«Claro está que a veces la realidad demasiado desvestida nos muestra su esqueleto horripilante, el fantasma de que los bien acomodados no quieren oír hablar, ni quieren ver, ni siquiera saber que existe porque les dá pánico. Pero, a pesar de ello, hay que sacarlo a luz - lustroso, marfilino, con las cuencas fosforescentes de luz azulenta y envuelto el descarnado cuerpo en una rica capa de seda -, como lo hace Dávila Jijón con delicadeza de maestro, con maestría de superdotado, con facilidad y elegancia de hombre genial».

J. Enriquez de la Rúa

Zamora (España)

«Me llegó su libro en un momento culminante para mí: acababa de sufrir una operación quirúrgica en uno de los sanatorios de Madrid. Y todavía no me encuentro del todo restablecida. Con todo, la brevedad de su librito «EL PARAMO GIME» me incitó a leerlo en unas largas horas nocturnas. Y logró el milagro de hacerme olvidar momentáneamente mi enfermedad.

Casi no se elogiar y, por este motivo, me encuentro perpleja ante lo que en realidad debiera decirle. Verdaderamente, Ecuador es una República tan fecunda en espléndidos escritores, que tendría que repetirle algo de lo que he dicho a muchos de sus compatriotas tan buenos amigos míos literariamente.

Le felicito a usted por su libro y por su literatura rotunda, colorista, superrealista, de puro realista.

Rosa Arciniegas

(Perú)

**E B
DE
A N**

Precio: Un Sucre

Exclusiva para la venta: Antonio
Lucio Paredas, Librería Ameri-
cana.—Calle García Moreno. --
Apartado N.º 8.—Quito

